

RAQUEL CHANG-RODRÍGUEZ: *Cancionero peruano del siglo XVII*. Estudio preliminar, edición y bibliografía. Perú: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú, 1983.

La forma de ser y de vivir de los pueblos hispanoamericanos se forjó durante la etapa de aculturación que la Colonia, época que se prefigura en la estructuración y desarrollo de las ciudades; éstas, símbolo del acto político de ocupar el territorio y afirmar el derecho español en las nuevas tierras, llevan la impronta de sus fundadores, ya que la condición social del grupo español que realizó la conquista y pobló las ciudades recién fundadas les proporcionó características tanto en lo social como en lo cultural, puesto que predominaba entre ellos la gente de condición humilde, pero aventurera, codiciosa y dispuesta a prosperar. Con el tiempo, mineros, ganaderos, plantadores, dueños de ingenios, negreros y comerciantes constituyeron la aristocracia urbana; a un nivel más alto se situaban, naturalmente, los miembros de las jerarquías eclesiásticas y administrativas, integradas en ocasiones por algunos nobles españoles de mayor o menor rango, quienes introducían en la ciudad hábitos de corte. En las periferias se hallaba un crecido número de gente que se encargaba de labores muy diversas y cuya marca social era el trabajo manual, mientras que en la base de la sociedad estaban los indios sometidos y los esclavos negros, grupo dependiente que trabajaba para su señor y que formaba más del ochenta por ciento de la población.

En el transcurso del siglo xvi, la composición básica de la sociedad originaria comenzó a modificarse, puesto que los distintos grupos étnicos —con sus correspondientes *status* sociales—, gracias al establecimiento de contactos recíprocos, engendraron —generación tras generación— individuos de un nuevo tipo étnico: los mestizos, quienes tuvieron que definir poco a poco su posición en la sociedad, al ocupar el vacío ostensible en ella por la ausencia de una clase que se encargara de las labores intermedias. Al suplir esta necesidad, se incorporaron como artesanos, obreros y pequeños comerciantes, y, posteriormente, con el avance económico, fueron adoptando la forma de vivir de la clase gobernante.

Al lado del grupo de los mestizos surgió el de los criollos, hijos de españoles nacidos en América, quienes se convirtieron en factor importante de movilidad social al enfrentarse al grupo de pobladores nacidos en España, los que a su vez estaban divididos en dos: los ya arraigados en la ciudad y los recién venidos, de los cuales los segundos fortalecían con su llegada el esquema tradicional de la conquista, mientras que los primeros mostraban cierta transigencia con el conjunto de situaciones creadas. En cada momento, los recién llegados se situaban en el escalón más privilegiado, en tanto que los otros iban ocupando el que les deparaba el juego de las condiciones socioeconómicas. Esta situación trajo como consecuencia el enfrentamiento social entre los distintos grupos, especialmente en las ciudades, y más si eran México o Lima, sedes de virreinos, donde la marginalidad se hizo más notoria.

Esta larga contienda entre los conquistadores y sus descendientes directos por una parte y la Corona española por la otra motivó una formación literaria que floreció lentamente, a medida que iba fortaleciéndose la dominación del Imperio. El criollo, al no poder lograr fama y prestigio militar cuando ya se habían realizado los grandes descubrimientos, le quedó por conquistar el campo de las letras, pero, debido al florecimiento de los grandes escritores peninsulares del siglo xvi y xvii, el excesivo costo de la publicación, la escasez de papel, el requisito de las licencias

de España y el sistema monopolizador de los impresores peninsulares, sus producciones se vieron condenadas a seguir los modelos literarios establecidos y a permanecer en manuscrito.

Los principales centros de actividad literaria fueron los mismos que sobresalieron en el orden político-administrativo, en especial sus capitales: México y Lima, que fueron, de hecho, los lugares privilegiados de las letras coloniales. Pero eso no impidió, desde luego, que en puntos menos importantes de las diversas colonias se desarrollara paralelamente el mismo interés por las ocupaciones literarias, como en Quito, Santa Fe de Bogotá, Tunja y Córdoba del Tucumán.

Entre los diversos aspectos que señalan la vida virreinal en el terreno literario se encuentra la abundancia creciente de determinadas «costumbres», las cuales se dan gracias al nutrido grupo de versificadores que surgen, y cuya inclinación artística únicamente puede explicarse por las facilidades del ocio o por un sentido de gratitud que certámenes, centones o academias literarias favorecen, cada vez con mayor amplitud y largueza. Estas funciones eran pasatiempo aristocrático y sucesos muy relacionados con la elegancia; no importaba la ocasión. Invariablemente, algún rico patrón sufragaba los gastos, orgulloso de su papel de mecenas colectivo. Para esto, los hombres de letras se reunían, por lo general, en tertulias organizadas para intercambiar ideas y obras que más tarde eran presentadas públicamente en certámenes poéticos.

Muestra de esta situación es el cancionero publicado por Raquel Chang-Rodríguez, volumen que sirve el importante propósito de impulsar la investigación del desarrollo de la poesía colonial, al aportar datos que ayudan a comprender hechos y motivaciones del entorno literario virreinal.

Este atractivo libro consta de un estudio preliminar de 30 páginas, una selecta bibliografía, tres convenientes índices y el texto completo del manuscrito, hasta ahora nunca publicado. Para el contenido del cancionero, la profesora Chang-Rodríguez siguió el manuscrito que Antonio Rodríguez Moñino había comprado a un librero en 1947, de un lote procedente de un archivo particular, y que, en 1952, dio a conocer y puso al alcance de los estudiosos interesados en la materia.

De las 21 composiciones que forman al cancionero, apenas 10 se habían dado a conocer entre los años de 1966 y 1978, una de ellas por la misma profesora. Esta aparición fragmentaria impedía tener una visión de conjunto tanto de los poemas como de los hechos y personajes mencionados en ellos.

Las partes del estudio preliminar pueden resumirse como sigue: I. «Observaciones sobre la poesía en el virreinato de Nueva Castilla a comienzos del siglo XVII», describe lo que era en la Lima de la época una de las tertulias conocidas: la Academia Antártica, que existió en la última década del siglo XVI y primera del XVII. En seguida divide en forma general las 21 composiciones, en su mayoría de autor anónimo. II. «Sobre el manuscrito del cancionero peruano», reseña la trayectoria que ha sufrido el texto hasta la presente publicación. III. «Descripción del contenido del cancionero peruano», ofrece un estudio de cada uno de los poemas, señalando datos históricos y culturales importantes e identificando en su mayoría a los autores y personajes mencionados: nueve de ellos están dedicados a alabar a funcionarios virreinales con motivo de alguna actuación destacada; tres detallan servicios a la Corona y méritos individuales de sus autores y, a la vez que elogian a importantes autoridades, piden protección y beneficios; cinco son de vena lírica y cuatro tienen como tema principal fiestas o ropajes. En esta sección, la exhaustiva agrupación temática sirve para facilitar el estudio y destacar los motivos recurrentes. IV. «Criterio de la edición», señala la dificultad que presenta el texto, producto

de diversas manos, para la lectura y la manera como se intenta simplificar ésta mediante la resolución de abreviaturas, modernización de la puntuación y uso de mayúsculas y acentos. Concluye valorando dicho cancionero «como una pieza menor en el rico y variado mosaico de la cultura virreinal».

En suma, la profesora Chang-Rodríguez divulga con el presente libro un importante testimonio, acelerando así el proceso de recuperación de nuestro pasado, clave en la reconstrucción de la historia americana.

FLOR MARÍA RODRÍGUEZ-ARENAS

*University of Texas, Austin.*

ROSE S. MINC: *Latin American Fiction Today*. Montclair State College: Ediciones Hispamérica, S. A. [1980]; *Literature and Popular Culture in the Hispanic World*, ídem, 1981.

Estos dos volúmenes testimonian la importancia en ascenso del simposio anual sobre literatura latinoamericana que organiza el Departamento de Español del Montclair State College, en New Jersey; ambos incluyen una presentación por su organizadora y animadora, la profesora Rose Minc. El primero de los aquí reseñados (segundo de la serie) se abre con unas sugestivas palabras de Carlos Fuentes sobre el futuro de la literatura latinoamericana en cuanto expresión de una personalidad que aún no se ha descubierto a sí misma del todo. El resto de las ponencias son bastante más específicas; más útiles también para el investigador por tratar de problemas concretos y de textos. Destaca entre ellas la de Jean Franco («The Critique of the Pyramid and Mexican Narrative after 1968»), quien se centra en la novela documental de Vicente Leñero *Los periodistas* y en *La cabeza de la hidra*, de Fuentes, para discutir la posibilidad de una novela política, especialmente desde el punto de vista del rechazo de esa perspectiva por los escritores jóvenes. También trata de Fuentes José Miguel Oviedo, quien discute *Terra nostra* en relación al papel en ella de la historia entendida como una serie de variantes, y Lanin A. Gyurko, quien examina la función de la ideología en la misma obra.

La escritora mexicana Margo Glantz discute los bestiarios de Arreola, obra que, pese a su fama, no ha recibido la atención crítica que merece, y John Inclendon trata perspicazmente de una novela cuya ruptura sustancial con lo hecho hasta entonces por la novela hispanoamericana tampoco ha sido suficientemente reconocida: *Fara-beuf*, de Salvador Elizondo.

Saúl Sosnowski examina la relación literatura-Julia respecto a los modelos que se ofrecen al joven aprendiz de escritor Mario en la novela autobiográfica de Vargas Llosa *La tía Julia y el escribidor*.

En el campo de la literatura fantástica y sus aledaños contiene el tomo ponencias sobre Felisberto Hernández (Roberto Echavarrén), sobre Onetti y Poe (Luis A. Díez) y sobre Macedonio Fernández (Flora H. Schiminovich). Dos ponencias discuten aspectos de *Paradiso*: las alusiones (Arthur J. Sabatini) y la transgresión como «regla del juego» (Ester Gimbernat), y otra estudia los puntos de contacto entre *Tres tristes tigres* y el *Satiricón*. Tres ponencias están dedicadas a la obra de escritores mal conocidos —Germán Rozenmacher (Nora Glickman) y Fernando Sorretino (Thomas C. Meehan)— y a una obra poco estudiada de Cortázar, *Los reyes* (Robert Y. Valentine). Atención especial merecen, por tratar de textos mal co-